

INAUGURACIÓN DEL NUEVO PABELLÓN DE LA FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

Queridos amigos:

Hoy celebramos un momento singular en la vida de nuestra Facultad. Y digo “nuestra” porque me siento especialmente preocupado con ella y con quienes la integran, pues, en efecto, gratas emociones y recuerdos acuden a mi memoria por el hecho de haber sido en ella primero alumno y luego profesor. Se trata, por cierto, de la primera Facultad que acogió nuestra casa, primera no sólo por orden de antigüedad sino porque en sus aulas se cultivan y se difunden disciplinas esenciales, aquellas que representan de modo ejemplar la visión del mundo que, como un sello indeleble, caracteriza a quienes alguna vez han frecuentado nuestros claustros. Una visión que recorre las ricas y multiformes creaciones del hombre y a la que, con justicia, llamamos humanismo.

Es cierto, nos reclamamos hijos de ese modo de ser y de saber que nos remite de manera directa y esencial al hombre. No está demás repetirlo ahora, pues aquellos que se encuentran imbuidos del espíritu del mercado, suponen que el humanismo no es sino una palabra teñida por una leve pátina de polvo y que defender su enseñanza es, de por

sí, condenarse a una prédica anacrónica e inútil. Sin embargo, quienes hemos tenido y tenemos contacto con él, sabemos que frecuentar la literatura, la filosofía o la historia resulta indispensable no sólo para alcanzar una mirada lúcida y comprensiva de lo que nos rodea, sino también para forjar un espíritu cuestionador, ajeno a los dogmatismos y a los sectarismos de todo orden, atento a los temas fundamentales de la existencia humana y dispuesto a no perder la brújula en medio de contingencias engañosas. Son justamente esas disciplinas de lo humano las que, retando nuestra inteligencia y convocando a nuestro corazón, renuevan nuestra mirada, nos nutren de fundamentos éticos, nos dejan ver por encima de las brumas que levantan las ambiciones personales y las mezquindades materiales a las que suele conminarnos la sociedad moderna. Los antiguos sabían perfectamente de los dones que su estudio confería y por eso fomentaron sabiamente el cultivo de las letras pues él elevando al hombre permite humanizar al mundo.

Nuestra Facultad desde su fundación en el antiguo local de la Plaza Francia, recordado siempre con nostalgia y con cariño, se constituyó no sólo en un espacio para el estudio y la transmisión de conocimientos, sino también en una atmósfera cálida y estimulante, un clima propicio para el debate y la aventura intelectuales. Clima del que participaban los alumnos que emprendían con rigor el quehacer de la academia,

pero también los profesores que, con su trato afectuoso y generosamente sabio, transponían los límites formales de la cátedra y dejaban de ser meros expositores para convertirse en maestros y amigos; y en este punto cómo no evocar las figuras de Luis Felipe Guerra, Onorio Ferrero o Alfonso Cobián, todos ellos vivos en nuestra memoria, así como también las de Luis Jaime Cisneros, José Agustín de la Puente y tantos otros que aún hoy se encuentran dispuestos a ofrecernos en las horas de duda su palabra oportuna y sincera. Era pues nuestra casa de la Plaza Francia, como estoy seguro lo seguirá siendo ahora este nuevo local, un *hogar* en el recto sentido del vocablo, el espacio que convoca en toda circunstancia por su calor y fuego entrañables.

Ciertamente, construir un ambiente propio en el campus ha sido un viejo anhelo tanto de los alumnos como de los profesores y autoridades de esta Facultad, quienes con su labor y su compromiso permanentes contribuyeron a materializar este recinto que pareció por momentos tan sólo una frustrada aspiración. Reunidos tras ochenta y cuatro años de larga y fecunda historia, nos encontramos frente a un flamante edificio con aulas amplias y cómodas oficinas así como un pequeño y ya verdecido patio en el que crecerá robusto el árbol emblemático que hoy sembramos. Pero no nos dejemos engañar por el esplendor de lo aparente, pues bien sabemos que los espacios son nada más que

eso, neutra extensión física que adquiere sólo sentido y así se carga de historia sólo cuando la habitamos. Próximos a que ello suceda, podemos avizorar aquí los entusiastas y a veces apasionados diálogos tras una esclarecedora clase, las primeras escaramuzas intelectuales, el intercambio de libros recién descubiertos, los siempre oportunos proyectos de grupo en torno a un conversatorio o una revista. Bajo los mismos aires de inquietud intelectual y de textura ética que desde antiguo le infundieron peso y solera a esta Facultad, quizás algunos iniciarán en este recinto el cultivo de alguna disciplina en particular y otros, culminados ya sus estudios, retornarán a las aulas convertidos en maestros.

Queridos amigos:

En el proceso por el cual este nuevo local asumirá la vida y la efervescencia que le son consustanciales al verdadero espíritu universitario, no dudo que la Facultad abordará tiempos mejores y volverá a protagonizar aquellas amicales y luminosas jornadas de la Plaza Francia, para así extender, renovado y fortalecido, el mismo espíritu crítico y reflexivo del que hemos sido portavoces a lo largo de tantos años.

Animado por esta certeza, en nombre de toda la comunidad universitaria, pero más profundamente, en mi condición de antiguo alumno y de casi antiguo

profesor, me es sumamente grato aunarme al merecido festejo declarando inaugurado el nuevo pabellón de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas.

Muchas gracias.

Salomón Lerner Febres

Rector

Lima, 20 de Agosto del 2001